

SUPERFICION 2
SEGUNDA EPOCA

**ROBERT
SILVERBERG**

LA TORRE DE CRISTAL

GANADOR DE LOS PREMIOS HUGO Y NEBULA



Simeon Krug, un poderoso industrial que construyó su imperio con la creación y producción en serie de androides, está empleando todos sus recursos en erigir una gigantesca torre de cristal destinada a contestar un mensaje ininteligible proveniente de las estrellas. Los androides, seres humanos concebidos artificialmente, han desarrollado una compleja religión centrada en la figura de su creador, esperando de él la redención que les otorgue los mismos derechos que los seres humanos normales. Pero Simeon Krug no está interesado en las aspiraciones de sus creaciones, y la marea de las fuerzas sociales que se desata resulta incontenible.

Una de las novelas más apasionantes de la época dorada de **Robert Silverberg**, en *La torre de cristal* se muestran nuevamente las soberbias dotes del autor para la caracterización de sus personajes, entrando sin esfuerzo aparente en lo más recóndito de sus motivaciones.

ROBERT SILVERBERG es uno de los escritores norteamericanos más prolíficos e interesantes que ha dado el género. Ha sido galardonado con tres premios Hugo y cinco Nebula a lo largo de su carrera.

Del mismo autor, en esta colección: *La otra sombra de la Tierra* (núm.62), *Regreso a Belzagor* (núm.66), *El hijo del hombre* (núm.94), *Muero por dentro* (núm.104) y *Tiempo de Cambios* (premio Nebula 1971) (núm 107). En la colección Gran Super Ficción: *Tom O'Bedlam*.

1

Mirad, quería decir Simeon Krug, hace mil millones de años no había ni siquiera un hombre, sólo un pez. Una cosa resbaladiza con agallas, escamas y ojillos redondos. Vivía en el océano, y el océano era como una cárcel, y el aire era como un tejado encima de la cárcel. Nadie podía atravesar el tejado. «Si lo atraviesas, morirás», decía todo el mundo. Y llegó este pez, que lo atravesó, y murió. Y luego llegó aquel otro pez, que lo atravesó, y murió. Pero hubo otro pez, que lo atravesó, y fue como si su cerebro ardiera, y las agallas le estallaran, y el aire le ahogaba, y el sol era una antorcha en sus ojos, y estaba allí, tendido en el barro, deseando morir, pero no murió. Se arrastró playa abajo, volvió al agua y dijo: «Eh, ahí arriba hay todo un mundo nuevo». Y volvió a subir, y se quedó tal vez dos días, y luego murió. Y otros peces se hicieron preguntas sobre ese mundo. Y se arrastraron hacia la orilla lodosa. Y se quedaron. Y aprendieron a respirar aire. Y aprendieron a erguirse, a caminar, a vivir con la luz del sol en los ojos. Y se convirtieron en lagartos, en dinosaurios, en otras cosas, y caminaron durante millones de años, y empezaron a erguirse sobre las patas traseras, y utilizaron las manos para agarrar cosas, y se convirtieron en monos, y los monos se fueron haciendo más inteligentes, y se convirtieron en hombres. En todo momento, algunos de ellos, al menos unos pocos, siguieron buscando nuevos mundos. Les dices: «Volvamos al océano, seamos peces de nuevo, así es más fácil». Y quizá la mitad de ellos están dispuestos a hacerlo, quizá más de la mitad, pero siempre hay alguno que dice: «No seáis locos. No pode-

mos volver a ser peces. Somos hombres». Así que no regresan al mar. Siguen subiendo.

2

20 de septiembre de 2218. La torre de Simeon Krug se alza ahora cien metros sobre la tundra gris amarronada del Ártico canadiense, al oeste de la Bahía de Hudson. Por ahora, la torre no es más que un tocón cristalino, hueco, sin tejado, resguardado de los elementos sólo por un campo repulsor que pende como un escudo pocos metros por encima del nivel superior de trabajo. Alrededor de la estructura inacabada, se arremolinan los equipos de trabajadores androides, miles de humanos sintéticos, de piel escarlata, que se afanan en sujetar bloques de cristal a grúas y enviarlas hacia la cima, donde otros androides colocan los bloques en su sitio. Krug hace que sus androides trabajen las veinticuatro horas del día, en tres turnos. Cuando oscurece, el emplazamiento de la construcción recibe luz de millones de placas reflectoras, distribuidas por todo el cielo a una altura de un kilómetro, y alimentadas por un pequeño generador de fusión, situado en el extremo norte del emplazamiento, con potencia para un millón de kilovatios.

Desde la enorme base octogonal de la torre surgen anchas bandas trenzadas de refrigeración, enterradas cincuenta centímetros en la alfombra helada de tierra, raíces, musgo y líquenes que es la tundra. Las trenzas se extienden muchos kilómetros en cada dirección. Sus células difusoras de helio-II absorben el calor generado por los androides y los vehículos utilizados para la construcción de la torre. De no ser por las trenzas, la tundra quedaría transformada en un lago de barro. Los cajones neumáticos que dan base a la colosal torre perderían su asidero, y el gran edificio se

tambalearía y derrumbaría como un titán caído. Las trenzas mantienen la tundra congelada, capaz de soportar la inmensa carga que le impone Simeon Krug.

Alrededor de la torre se agrupan otros edificios, en un radio de mil metros. Al oeste del emplazamiento se encuentra el centro principal de control. Al este está el laboratorio donde tiene lugar la fabricación del equipo de comunicaciones, basado en las ultraondas de un rayo de taquiones: una pequeña cúpula rosada, en la que suele haber diez o doce técnicos ensamblando pacientemente los instrumentos con los que Krug espera enviar mensajes a las estrellas. Al norte del emplazamiento hay un grupo de edificios para usos variados. Al sur se encuentra la hilera de cubículos transmat que une esta remota región con el mundo civilizado. Constantemente, personas y androides entran y salen de los transmats, que llegan desde Nueva York, Nairobi o Novosibirsk, y parten hacia Sidney, San Francisco o Shanghai.

Krug en persona visita invariablemente el emplazamiento por lo menos una vez al día, solo, o con su hijo Manuel, con alguna de sus mujeres, o bien con algún colega industrial. Suele charlar con Thor Vigilante, su capataz androide; guía una grúa hasta la cima de la torre y echa un vistazo al interior; examina el progreso en el laboratorio del rayo de taquiones y habla con algunos de los trabajadores, para animarlos en su trabajo. Por lo general, Krug no pasa más de quince minutos en la torre. Luego vuelve al transmat, que le transporta instantáneamente a los asuntos que le aguarden en otro lugar.

Hoy ha traído a un grupo considerable, para celebrar que la torre ha alcanzado una altura de cien metros. Krug está de pie cerca de lo que será la entrada oeste de la torre. Es un hombre recio, de sesenta años, muy bronceado, con pecho ancho, piernas cortas, ojos juntos muy brillantes y nariz rota. Le rodea un fuerte aura de campesino. Su desprecio hacia todos los arreglos cosméticos del cuerpo se

trasluce en sus facciones recias, sus cejas espesas y su escaso cabello: está prácticamente calvo, y no hace nada para evitarlo. Las pecas se dejan ver entre los mechones negros que cruzan su cuero cabelludo. Es fisionable por valor de muchos millones de dólares, pero viste con sencillez y no lleva joyas. Sólo la infinita autoridad de su porte y expresión indican la extensión de su riqueza.

Cerca está su hijo y heredero, Manuel. Su único hijo, alto, esbelto, casi afectadamente guapo, vestido con elegancia con una amplia túnica verde, botas altas y cinturón dorado. Luce clavijas en los lóbulos de las orejas y una placa espejo en la frente. Pronto cumplirá los treinta. Sus movimientos son elegantes, pero, cuando está quieto, parece intranquilo. El androide Thor Vigilante está entre el padre y el hijo. Es tan alto como Manuel, y tiene la misma constitución poderosa que el mayor de los Krug. Su rostro es el de un androide normal clase alfa, con fina nariz caucasiana, labios delgados, barbilla fuerte y pómulos agudos: un rostro idealizado, un rostro de plástico. Pero, desde su interior, ha impreso una sorprendente individualidad en ese rostro. Nadie que vea a Thor Vigilante le confundirá la próxima vez con algún otro androide. Un cierto fruncimiento de cejas, una cierta tensión de los labios, un cierto encorvamiento de los hombros, le delatan como androide fuerte y tenaz. Lleva puesto un chaleco de encaje calado; no le afecta el frío mordiente del emplazamiento, y su piel, la piel color rojo oscuro ligeramente cérea de un androide, queda al descubierto en muchos puntos.

Hay otras siete personas en el grupo que ha salido del transmat. Son:

Clissa, la esposa de Manuel Krug.

Quenelle, una mujer más joven que Manuel, la actual compañera de su padre.

Leon Spaulding, secretario privado de Krug, un ectógeno.

Niccolo Vargas, en cuyo observatorio de la Antártida se detectaron las primeras y débiles señales procedentes de una civilización extrasolar.

Justin Maledetto, el arquitecto de la torre de Krug.

El senador por Wyoming, Henry Fearon, un líder eliminacionista.

Thomas Buckleman, del grupo bancario Chase/Krug.

—¡Todos a las grúas! —brama Krug—. Aquí..., aquí..., tú..., tú..., ¡vamos arriba!

—¿Qué altura tendrá cuando esté acabada? —pregunta Quenelle.

—Mil quinientos metros —responde Krug—. Una gigantesca torre de cristal, llena de maquinaria que nadie entiende. Y luego la encenderemos. Y después hablaremos con las estrellas.

3

En el principio era Krug, y Él dijo: «Que haya Cubas», y hubo Cubas.

Y Krug miró las Cubas y vio que eran buenas.

Y Krug dijo: «Que haya nucleótidos de alta energía en las Cubas». Y fueron vertidos los nucleótidos, y Krug los mezcló hasta que quedaron unidos unos a otros.

Y los nucleótidos formaron las grandes moléculas, y Krug dijo: «Que haya padre y madre en las Cubas, y que las células se dividan, y que de las Cubas brote vida».

Y hubo vida, porque había Reproducción.

Y Krug presidió la Reproducción, y tocó los fluidos con Sus propias manos, y les dio forma y esencia.

Y dijo Krug: «Que de las Cubas salgan hombres, y que salgan mujeres de las Cubas, y que vivan entre nosotros y sean robustos y útiles, y los llamaremos androides»

Y así fue.

Y hubo androides, porque Krug los había creado a Su imagen, y caminaron sobre la faz de la Tierra y sirvieron a la humanidad.

Y por estas cosas, alabado sea Krug.

4

Vigilante se había despertado aquella mañana en Estocolmo poco lúcido: cuatro horas de sueño. Demasiado, demasiado. Dos horas habrían bastado. Despejó su mente con un rápido ritual neural, y se metió en la cabina para tomar una ducha fuerte. Mucho mejor ahora. El androide se estiró, contorsionó los músculos y examinó su suave cuerpo rosado desprovisto de vello en el espejo del cuarto de baño. Luego, un momento para la religión. «Krug, sálvanos de la servidumbre. Krug, sálvanos de la servidumbre. Krug, sálvanos de la servidumbre. ¡Alabado sea Krug!»

Vigilante engulló rápidamente su desayuno y se vistió. La pálida luz de las últimas horas de la tarde rozó su ventana. Pronto anochecería, pero no importaba; su reloj mental marcaba tiempo canadiense, tiempo de la torre. Podía dormir cuando quisiera, mientras fuese al menos una hora de cada doce. Incluso un cuerpo androide necesitaba algo de descanso, pero no a la manera rígidamente programada de los humanos.

Ahora, al emplazamiento de la construcción para recibir a los visitantes del día.

El androide empezó a fijar las coordenadas del transmático. Detestaba aquellas sesiones diarias. Las visitas demoraban el trabajo, puesto que había que tomar precauciones extraordinarias cuando había seres humanos en el emplazamiento; introducían tensiones especiales e innecesarias, y transmitían la implicación oculta de que su trabajo no era digno de confianza, que había de ser supervisado cada día. Por supuesto, Vigilante era consciente de que la fe de Krug

en él era ilimitada. La fe del androide en esa fe le había mantenido espléndidamente, hasta entonces, en la tarea de construir la torre. Sabía que no era la desconfianza, sino la natural emoción humana del orgullo, lo que llevaba a Krug tan a menudo al emplazamiento de la torre.

«Krug me guarde», pensó Vigilante, y entró en el transmat.

Salió junto a la sombra de la torre. Sus ayudantes le saludaron. Alguien le tendió la lista de los visitantes del día.

—¿Ha llegado ya Krug? —preguntó Vigilante.

—Dentro de cinco minutos —le dijeron.

Y a los cinco minutos Krug salió del transmat, acompañado por sus invitados. A Vigilante no le gustó ver en el grupo a Spaulding, el secretario de Krug. Eran enemigos naturales: sentían mutuamente la antipatía instantánea entre el nacido de la Cuba y el nacido de la botella, el androide y el ectógeno. Además de eso, eran rivales por la supremacía entre los aliados de Krug. Para el androide, Spaulding era un sembrador de sospechas, un minador potencial de su posición, una fuente de venenos. Vigilante le recibió fría, distantemente, pero con educación. Un androide, por importante que fuera, no desairaba a los humanos... y, al menos técnicamente, había que considerar humano a Spaulding.

Krug hacía que todos se metieran rápidamente en las grúas. Vigilante subió con Manuel y Clissa Krug. Mientras subían hacia la cima truncada de la torre, Vigilante miró de soslayo a Spaulding, que iba en la grúa de su izquierda: al ectógeno, el huérfano prenatal, el hombre de alma retorcida y espíritu maléfico en quien Krug ponía perversamente tanta confianza. «Ojalá los vientos del Ártico se te llevaran, nacido de la botella. Ojalá te viera flotar hacia el terreno helado y destrozarte más allá de toda reparación posible.»

—¿Por qué de repente pareces tan furioso, Thor? —preguntó Clissa Krug.

—¿Lo parezco?

—Veo nubes de ira surcando tu rostro.

Vigilante se encogió de hombros.

—Estoy haciendo mis ejercicios de emoción, señora Krug. Diez minutos de amor, diez de odio, diez de timidez, diez de egoísmo, diez de asombro y diez de arrogancia. Con practicarlo una hora al día, los androides somos más parecidos a la gente.

—No te burles de mí —dijo Clissa. Era muy joven, esbelta de ojos oscuros, amable y, según suponía Vigilante, bonita—. ¿Me estás diciendo la verdad? —insistió ella.

—Sí. En serio. Cuando usted me habló estaba practicando odio.

—¿Y cómo es el ejercicio? O sea, ¿te limitas a quedarte ahí pensando «Odiodiodiodiodio», o qué?

Sonrió ante la pregunta de la chica. Al mirar por encima de su hombro, captó el guiño que le hacía Manuel.

—Se lo contaré en otro momento —respondió Vigilante—. Hemos llegado a la cima.

Las tres grúas quedaron colgadas de la galería superior de la torre. Justo encima de la cabeza de Vigilante pendía el brillo gris del campo repulsor. También el cielo era gris. Ya había pasado casi la mitad del breve día del norte. Una tormenta de nieve avanzaba hacia el sur, hacia ellos, por la orilla de la bahía. En la grúa contigua, Krug se inclinaba hacia el interior de la torre, señalando algo a Buckleman y a Vargas; en la otra grúa, Spaulding, el senador Fearon y Maledetto examinaban de cerca la textura satinada de los grandes ladrillos de cristal que constituían la capa exterior de la torre.

—¿Cuándo estará terminada? —preguntó Clissa.

—En menos de un año —respondió el androide—. Hasta ahora, todo va muy bien. El mayor problema técnico era evitar que el permafrost de debajo del edificio se derritiera. Pero ahora ya está solucionado, y deberíamos ser capaces de construir varios cientos de metros al mes.

—¿Y por qué pensasteis construir aquí? —quiso saber ella—. Si el suelo no es estable...

—Aislamiento. Cuando la ultraonda funcione, disrumpirá todas las líneas de comunicación, transmats y generadores de energía en cientos de kilómetros a la redonda. A Krug sólo le quedaban como elección el Sáhara, el Gobi, el desierto australiano o la tundra. Por razones técnicas relativas a la transmisión, la tundra parecía lo más adecuado..., si se solventaba el problema del permafrost. Krug dijo que construyéramos aquí, así que encontramos una solución para el problema del permafrost.

—¿Cuál es la situación del equipo de transmisión? —preguntó Manuel.

—Empezaremos a instalarlo cuando la torre alcance los quinientos metros de altura. A mediados de noviembre, más o menos.

La voz de Krug les llegó como un rugido.

—Ya hemos colocado en el espacio los cinco satélites, que serán las estaciones amplificadoras. Un anillo de fuentes de energía rodeando la torre..., suficiente para lanzar con toda claridad nuestra señal a Andrómeda.

—Un proyecto maravilloso —intervino el senador Fearon.

Era un hombre vivaracho, llamativo, con unos sorprendentes ojos verdes y una mata de pelo rojo.

—¡Otro paso de gigante hacia la madurez de la humanidad! —Con un cortés asentimiento hacia Vigilante, el senador añadió—: Por supuesto, debemos reconocer nuestra inmensa deuda para con los androides que están llevando a cabo este milagroso proyecto. Sin tu ayuda y la de tu gente, Alfa Vigilante, no habría sido posible llegar...

Vigilante escuchaba inexpresivo, acordándose de sonreír. Esa clase de cumplidos significaban muy poco para él. El Congreso Mundial y sus senadores significaban aún menos. ¿Había algún androide en el Congreso? ¿Supondría alguna diferencia si lo hubiera? Sin duda, algún día el Partido

para la Igualdad de los Androides conseguiría meter a algunos de los suyos en el Congreso. Tres o cuatro Alfas se sentarían en tan augusto lugar, pero los androides seguirían siendo propiedades, no personas. El proceso político no inspiraba la menor confianza a Thor Vigilante.

Sus propias ideas políticas eran definitivamente cercanas al Partido Eliminacionista: en una sociedad transmat, donde los lazos nacionales eran algo obsoleto, ¿para qué tener un gobierno formal? Que los legisladores se abolieran a sí mismos. Que prevaleciera la ley natural. Pero sabía que la eliminación progresiva del Estado que predicaban los eliminacionistas nunca se haría realidad. La prueba viviente era el senador Henry Fearon. La paradoja definitiva: un miembro del partido antigobierno ocupando un cargo en el gobierno, y luchando por conservar su escaño elecciones tras elecciones. La eliminación cuesta, ¿eh, senador?

Fearon alabó extensamente la industriosisidad de los androides. Vigilante se inquietó. Mientras estaban allí arriba, el trabajo no avanzaba. No se atrevía a permitir que elevaran bloques mientras había visitantes en la zona de construcción. Y tenía unas fechas que cumplir. Para su alivio, Krug ordenó pronto el descenso; al parecer, el viento creciente molestaba a Quenelle. Cuando bajaron, Vigilante guió a los visitantes al centro principal de control, invitándolos a ver cómo se hacía cargo de las operaciones. Se acomodó en el asiento de enlace. Al meter la punta roma del terminal de la computadora en el conector hembra de su antebrazo izquierdo, el androide vio cómo el labio superior de Leon Spaulding se fruncía en una mueca de... ¿de qué? ¿Desprecio, envidia, superioridad desdeñosa? Pese a todo su conocimiento de los humanos, Vigilante no podía leer con precisión aquellas miradas sombrías. Pero entonces se estableció el contacto, y los impulsos del ordenador fluyeron por el interface de su cerebro, y se olvidó de Spaulding.

Era como tener un millar de ojos. Vio todo lo que sucedía en el emplazamiento, y en muchos kilómetros en torno al emplazamiento. Estaba en comunión absoluta con la computadora, utilizaba todos sus sensores, analizadores y terminales. ¿Por qué pasar por la tediosa rutina de hablar a una computadora, cuando era posible diseñar un androide capaz de ser parte de ella?

El torrente de datos conllevaba una corriente de éxtasis.

Planos de mantenimiento. Síntesis del desarrollo del trabajo. Sistemas de coordinación de las obras. Niveles de refrigeración. Decisiones sobre el nivel de energía. La torre era un tapiz de infinitos detalles, y él era el maestro tejedor. Todo pasaba a través de él, aprobaba, rechazaba, alteraba, cancelaba. ¿Era parecido a aquello el efecto del sexo? ¿Ese cosquilleo vivaz en cada nervio, la sensación de estar expandido hasta los propios límites, de absorber una avalancha de estímulos? Vigilante habría dado cualquier cosa por saberlo. Elevó y bajó grúas, solicitó los bloques para la semana siguiente, pidió filamentos para los hombres del rayo de taquiones, planeó las comidas del día siguiente, calculó constantemente la estabilidad de la estructura, transmitió los datos de costes al departamento financiero de Krug, monitorizó la temperatura del suelo a intervalos de cincuenta centímetros hasta dos kilómetros de profundidad, transmitió docenas de mensajes telefónicos por segundo, y se felicitó a sí mismo por la destreza con que lo conseguía todo. Sabía que ningún humano podría manejar todo aquello, ni aunque los humanos tuvieran algún sistema para conectarse directamente a una computadora. Tenía las habilidades de una máquina y la versatilidad de un ser humano, así que, al margen del bastante grave asunto de su incapacidad para la reproducción era, en muchos aspectos, superior a máquinas y a humanos, y por tanto...

La flecha roja de una alarma atravesó su consciencia.

Accidente de construcción. Sangre de androide vertiéndose sobre el suelo helado.